



# Liderazgo educativo: participación escuela, familia y comunidad



El liderazgo educativo tiene entre sus cometidos y responsabilidades la revitalización de la participación y colaboración entre centros, familias y comunidad. Es una alianza necesaria para garantizar una buena educación de calidad justa y equitativa de todo el alumnado, fortalecer las instituciones escolares y ejercer un derecho y deber que es clave como expresión y recreación de la vida democrática. Tras un balance del estado de la cuestión y mejoras por hacer, se proponen algunos principios y líneas de actuación.



Juan M.  
Escudero Muñoz



Universidad de Murcia  
[jumaes@um.es](mailto:jumaes@um.es)



## Introducción

La participación y colaboración de las familias y la comunidad en la educación escolar es una de las tareas y responsabilidades del liderazgo escolar, de la dirección de centros en particular. Esta aportación plantea, primero, que contamos en nuestros centros con una participación de las familias digna de aprecio, aunque todavía tenemos un amplio recorrido de mejora en ideas y prácticas, de avances significativos y relevantes. Concretamente, resignificando la participación y colaboración y vinculándola a una educación y aprendizajes de alta calidad justa, equitativa e inclusiva. Se trata de un objetivo ambicioso, pero alcanzable si se logra movilizar a múltiples actores dentro y fuera de los centros, generar sinergias, crear y sostener alianzas poderosas entre escuelas, familias y comunidades. En la segunda parte del texto se ofrecen algunos principios y estrategias para crear y desarrollar, en cada contexto y centro, iniciativas y actividades que vayan haciendo camino al andar.

## La participación que tenemos, la participación por construir

En nuestros centros hay, desde luego, participación y corresponsabilidad familiar y comunitaria con la educación de la niñez y juventud, ese es el punto de partida, pero hay que llegar más lejos. En principio, la dirección de los centros y el profesorado, las familias y la comunidad valoran el ir juntos como algo importante y deseable. Sin embargo, no siempre se logra pasar de las intenciones y los dichos a actuaciones consecuentes: es lo que está por conseguir.

Conviene dejar bien sentado que las relaciones positivas entre familias, comunidad y escuela es algo beneficioso para todos. Desde luego para el alumnado, su experiencia y logros escolares; también para las familias y su propio bienestar e incluso para el entorno comunitario. Lo es, sin duda, para quienes laboran dentro de los centros, ya que así pueden compartir la excelsa tarea que tienen entre manos y sentirse debidamente acompa-



ñados en ella. Y en tanto que la educación escolar es espejo y proyección de la vida social y democrática, la sociedad en conjunto está involucrada como partícipe y como destino.

### a. Participación de las familias en los centros: entre logros y desencantos

No partimos de cero; cabe reconocer, más bien, que la botella está medio llena: es una buena noticia que las familias, y a su modo la comunidad, tengan hoy en día presencia, voces y participación en nuestras escuelas y centros. La llegada de la democracia marcó un hito en esta materia. Supuso el inicio de una larga etapa en la que nuestras instituciones educativas han abierto sus puertas, garantizado acceso y participación, reconocido roles complementarios en la educación por parte de diferentes actores y protagonistas dentro y fuera de los centros escolares. Se cuenta con estructuras de participación, relaciones y poderes compartidos dentro de ellas, corresponsabilidades más o menos bien asumidas en una diversidad de tareas y actividades relacionadas con la educación escolar de nuestros hijos e hijas. El hecho de que la misma dirección escolar se haya constituido en claves democráticas ha supuesto que, entre sus capacidades, competencias y cometidos, figure el establecimiento de



vínculos, alianzas y compromisos con diferentes interlocutores dentro y fuera de las escuelas. Y por razones de democracia y ciudadanía participativa, no solo están concernidas las escuelas, las familias y la comunidad, sino también otras instituciones y actores diferentes, culturales, sociales, económicos o académicos, así como las administraciones, las ONG y la sociedad civil: ya que la educación es un derecho en sí y un derecho que hace otros derechos, la participación e implicación en ella no solo es una expresión de democracia y ciudadanía activa, sino también una contribución a que una y otra se mantengan y revitalicen.

Desde la transición, ese valor y principio ha sido ampliamente compartido. Todas las reformas educativas habidas lo han referido y planteado. La actual LOMLOE (2021), por ejemplo, insiste en que hay que fomentar la participación de todos los miembros de la comunidad escolar: directivos, docentes y estudiantes, familias y diferentes servicios y agentes sociocomunitarios. A la dirección, a su vez, le encomienda la tarea de promover la colaboración con las familias, insti-

tuciones y otros organismos que faciliten relaciones positivas de los centros con el entorno. Bien es cierto, con todo, que una cosa es lo legislado y otra lo que de ello se aplica y se practica. De ahí que el último informe del Consejo Escolar del Estado (2023) siga insistiendo en que se ha de mejorar significativamente la participación de toda la comunidad educativa, involucrando más y mejor en ella a las comunidades autónomas y el Estado. Es pertinente tomar en consideración, pues, esa mirada ampliada. Por la importancia y el valor que la educación tiene para la sociedad y cada uno de sus miembros, nadie puede desentenderse ni darle la espalda.

Según informaciones disponibles, en nuestro sistema educativo hay un abanico amplio y valioso de buenas experiencias en esta materia. La realidad, sin embargo, muestra muchos matices, no todos positivos. Diversos estudios y publicaciones muestran una imagen más bien prosaica: cabe hablar de una crisis de la participación y de motivos para el desencanto. De hecho, parece prevalecer una participación de carácter más bien representativo, de modo que una mayoría de madres y padres se quedan al margen. Hay constancia, asimismo, de que una buena parte de la participación de la familia versa más sobre asuntos relativos a los propios hijos o hijas y raramente o nunca se ocupa de temas del centro en conjunto o de los hijos de los demás. Hay igualmente más participación reglada y formal que auténtica y sustantiva, sucediendo, además, que participan más las madres y bastante menos los padres, más las familias de clase sociocultural y económica media y alta, menos las de niveles bajos. Por su parte, la participación de minorías étnicas y migrantes es realmente baja, siendo nula o muy escasa la correspondiente a familias de procedencia árabe. Se hace patente, así, que la participación en la educación de la prole, además de ligada a factores formales, administrativos, de clase y género, también depende de otros de tipo lingüístico y cultural, resultando, por lo tanto, que en nuestro tema se cru-



zan asuntos y dinámicas realmente complejas. Por la marcas socioeconómicas y culturales que tiene, este territorio tiene mucho que ver con cuestiones y realidades de igualdad y desigualdad, justicia, equidad e inclusión, inequidades, discriminaciones y exclusiones.

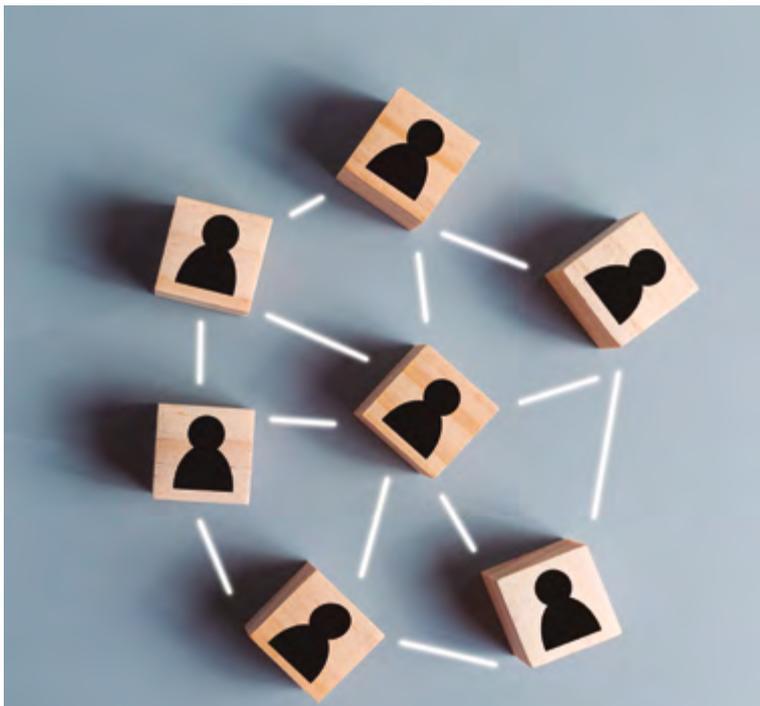
De manera que, sin minusvalorar lo hecho y conseguido hasta la fecha, está bien justificado que haya de ponerse el foco en lo que todavía hay que mejorar. Y no porque no estén ocurriendo ya determinadas experiencias ejemplares que son dignas de reconocimiento, sino porque lo que se precisa es que la participación y colaboración abarquen y se extiendan por todo el sistema, todos los centros, familias y comunidades.

Es preciso adoptar sobre el tema una mirada sistémica y global; las presencias y ausencias participativas que preocupan no son accidentales. Guardan relación con una pérdida del sentido de lo social que en general nos aqueja y de la que, desde algunas décadas, se viene hablando. Llama la atención que, paradójicamente, la crisis de participación que padecemos afecte en concreto a algunas instituciones como la educación o la sanidad, precisamente encargadas de velar y garantizar a todas las personas bienes comunes tan preciados como esos. El individualismo de sujetos ensimismados y desentendidos de los demás y de lo que vaya más allá de sus

**Lo que se precisa es que la participación y colaboración abarquen y se extiendan por todo el sistema, todos los centros, familias y comunidades**

intereses, de los prisioneros de la filosofía del yo primero que profesan y practican, constituyen otros tantos fenómenos cuyos estragos se hacen lamentablemente notar en una decreciente participación, implicación y corresponsabilidad en bienes comunes que a todos nos conciernen.

Ese mar de fondo no solo zarandea a las escuelas, dirección, profesión docente y participación de las familias, sino también a los mismos modelos de educación familiar. En la actualidad, dos instituciones socializadoras clave, escuela y familia, libran ahora una pugna desconocida con agentes "influyentes", pertenecientes a dominios emergentes y emplazados más allá de las fronteras de aquellas. Nuevos mecanismos y actores mediáticos con poderes sutiles y explícitos están siendo capaces de entrar dentro de y colonizar las mentes, los imaginarios y corazones de las generaciones más jóvenes: no son



pocos ni menores los desafíos que todo ello nos plantea.

Adicionalmente, la crisis de participación y corresponsabilidades de los diferentes agentes educativos (clásicos) ha ido agravándose en el tiempo. Sobre todo, a medida que la condición de una ciudadanía vertebrada en torno a derechos y deberes, a la protección y defensa de lo público y común, ha ido cediendo lugar y quedando desplazada por otra condición alternativa, la del sujeto-cliente. La lógica clientelar se rige por valores que dan la espalda a derechos y deberes humanos, sociales, históricos. Su universo es el de la competitividad, el individualismo, la libertad de elección, el pago tasado y la exigencia (sin corresponsabilidad) de las demandas y expectativas que el servidor ha de satisfacer al cliente que paga. Nada más antídoto que este a la participación y colaboración que nos ocupa.

En resumidas cuentas, ciertamente hay relaciones positivas, participación y colaboración auténtica entre familias y escuelas, pero parecen ser minoritarias: su extensión por todo el sistema educativo, escolar y social es el reto actual.

### **b. Nuevas realidades, aspiraciones y retos educativos**

Queda, sin duda, camino por hacer hacia una profunda reconstrucción cultural y práctica de las alianzas necesarias

entre escuelas, familias, comunidad y sociedad. Ello supone un singular sentido de urgencia en una época en la que no solo están ocurriendo algunos cambios, sino que se está reconfigurando todo el escenario global del planeta, la sociedad, las instituciones y las personas que las habitamos.

Abundan por doquier múltiples voces, portadoras de una nueva conciencia ligada a un mundo pleno de nuevas oportunidades y promesas y, al mismo tiempo, atezado por riesgos y amenazas, por una incertidumbre y complejidad extrema. En lo que toca a la educación escolarizada, nunca como ahora habíamos estado tan cerca de tocar con las yemas de los dedos la posibilidad de garantizar a todas las personas más y mejor educación. La realidad de los hechos, sin embargo, sigue hablando de que muchas promesas y posibilidades no llegaron a cumplirse: las desigualdades y exclusiones lejos de irse reduciendo no dejan de crecer.

Nunca se tuvo tan clara la convicción de que era posible crear y sostener entornos escolares y sociales formativamente ricos y estimulantes, capaces de cultivar y expandir valiosos y profundos saberes, capacidades cognitivas, emocionales y cívicas con la niñez y la juventud, en los centros y en otros lugares de aprendizaje más allá de los mismos. Jamás hubo una conciencia tan compartida (en principio) de que ello habría y podría hacerse sin dejar a nadie de lado. Incluyendo por imperativos éticos a todas las personas; revitalizando con humanidad, cuidado y bienestar, justicia y equidad e inclusión nuestras instituciones educativas, a los y las docentes y a otros profesionales. Nunca como en este tiempo se ha tenido una conciencia tan lúcida sobre el valor de las relaciones y alianzas socioescolares que es bueno promoverlo, que es factible hacer y puede ser beneficioso.

No carecemos, sino todo lo contrario, de ideas, valores y principios acerca de qué enseñar y aprender, qué métodos y materiales pedagógicos son adecuados, buenos y cómo utilizarlos o qué y cómo evaluar para facilitar el aprendizaje.



También se sabe mucho acerca del profesorado, de su selección idónea, preparación inicial y formación de por vida, así como acerca de la consideración que tan alta profesión merece. Y no nos faltan tampoco buenos saberes y experiencias acerca de qué centros crear y sostener, cómo gobernarlos corresponsablemente, cómo promover la participación y colaboración estrecha hacia dentro de cada uno de ellos, con las familias, barrios y comunidades.

Lo que sí nos falta es aquello de “pasar de las musas al teatro”, del conocimiento a la acción, a acciones importantes y efectivas sin demora, comprometiendo en ellas las sinergias necesarias, máxime si, como es el caso, en todo ello nos jugamos bienes comunes esenciales, una buena vida en común, la educación de las nuevas generaciones sin la cual no hay futuro imaginable. Bien se dice en el adagio nigeriano tantas veces citado: se necesita toda una aldea para educar a un niño.

En realidad, lo que está sobre la mesa es una reconstrucción a fondo de las alianzas entre escuelas, cargos directivos, docentes, familias y comunidad. La que es menester, ni más ni menos, para que unos y otros no se den la espalda, sino que empiecen de veras a mirarse a la cara, hablar juntos y reconocer cómo van las cosas, cuáles de ellas han de mantenerse y cuáles cambiar incluso a fondo.

El caso es, por lo demás, que no se está pensando en que haya de erradicarse esa participación consistente en asistir a las reuniones al uso con el profesorado y directivos en los inicios de curso, a las entregas de notas o las fiestas organizadas por unos y por otros, a las salidas ocasionales de los centros o tantas otras actividades corrientes, incluidas aquellas en las que algún miembro de la comunidad presta algún servicio al centro del barrio. Todo eso está bien, pero a estas alturas resulta a todas luces insuficiente.

A fin de cuentas, porque hoy en día se tiene también meridianamente claro que una participación y colaboración de mayor calidad e incidencia entre centros,



docentes, familias y otros actores supone efectos positivos múltiples, todos de gran importancia. Hay investigaciones que no solo han revelado que la participación familiar favorece el rendimiento escolar del alumnado, sino también su bienestar y experiencia educativa, la asistencia regular a las clases y la reducción del absentismo. También tiene que ver con la existencia de entornos seguros y habitables en los alrededores de los centros e incluso con el bienestar y las relaciones positivas en el seno de las familias. La creación de alianzas estrechas, propositivas y participadas por centros, docentes, directivos, familias, comunidades y diferentes servicios o asociaciones de la sociedad civil se ha mostrado particularmente exitoso en la lucha contra la exclusión, el abandono escolar y el tránsito entre etapas educativas y desde estas al mercado laboral.



Es una de las actuaciones más relevantes en materia de equidad educativa y cohesión social.

Procede subrayar, asimismo, que la participación y la colaboración de la que hablamos no se reducen solo a lo escolar, sino que remiten a cuestiones de mayor alcance. De un lado, son la expresión de una ciudadanía participativa e involucrada, por derecho y deber, en la educación; de otro, constituyen formas de pensamiento, sensibilidad y acción que crean, fortalecen y sostienen ciudadanía y sociedades democráticas: dos caras, pues, de una misma moneda que recíprocamente se necesitan y constituyen.

Lo que se está diciendo forma parte de propuestas actuales a favor de la resignificación de la participación y colaboración. De focos que se están poniendo sobre los porqués y paraqués, los cómo y con quiénes de las alianzas por crear. Sinergias de actores múltiples al servicio de valores e ideas, objetivos y contenidos, proyectos y decisiones, estrategias y actividades entroncadas con la mejora inclusiva de la educación de las nuevas generaciones. No va ya de más o menos actividades y participaciones aisladas, sino de un hilo conductor que confiera sentido, razón de ser y orientación a las relaciones, iniciativas y actividades que conjuntamente han de acometerse. Un reciente informe de la UNESCO ha urgido la tarea de imagi-

nar y crear juntos nuestros futuros. Para ello, “un nuevo contrato social por la educación” es un buen anclaje para recrear la participación, hacerlo apostando por actualizar la promesa pendiente de garantizarla a todas las personas como un bien común, así como para reparar las injusticias de haber dejado, y seguir dejando en los márgenes todavía, a muchos de nuestros niños, niñas y jóvenes.

Esa perspectiva vale para conectar coherentemente liderazgo escolar y participación. Se trata de un liderazgo compartido entre directivos, docentes y toda la comunidad educativa, cada uno con sus roles complementarios, enfocado y realizado con claves de participación democrática, no formulado tanto en términos de eficiencia como en claves efectivas de ética y transformación. Un liderazgo que promueve colaboraciones y compromisos conjuntos, decididamente articulados en torno a una educación de calidad justa, equitativa e inclusiva. No basta ya la igualdad de oportunidades, se precisa una igualdad equitativa: apoyos, ayudas, refuerzos según las necesidades de los y las estudiantes. No se trata —sería inequitativo— de limitar el progreso de los más capaces y motivados; se trata de apoyos, ayudas, relaciones, sinergias idóneas —por equidad igualmente— de modo que desarrollen capacidades quienes las tienen más escasas, se despierte la motivación allí donde está dormida, se goce del placer del saber y el éxito allí donde abunda frustración y fracaso.

Bajo tales auspicios ya existen proyectos y experiencias en nuestro contexto y en otros países. Se traducen en un liderazgo escolar que busca involucrar a toda la comunidad, dentro y fuera de los centros, en la revitalización de escuelas, el bienestar de todos sus habitantes, el crecimiento y el aprendizaje sin exclusiones. Dentro de ese concierto se están, a su vez, redefiniendo tareas, saberes y competencias de los cargos directivos, incluyendo entre las mismas aquellas que específicamente se refieren a ampliar y profundizar la participación de

En otros contextos, se hace referencia a conectar los centros con aliados externos y promover una amplia participación que mejore el bienestar de toda la comunidad

familias y comunidades (puede verse el Marco Español para la Buena Dirección). En otros contextos más allá de nuestras fronteras, el liderazgo compartido y el de equipos directivos están asimismo siendo reconsiderados y, al mismo tiempo, focalizados. Se hacen referencias explícitas a la tarea de conectar con diferentes aliados externos a los centros y promover una amplia participación: la que se precisa para mejorar el bienestar, la experiencia y los aprendizajes del alumnado, así como también el trabajo de quienes laboran en los centros, la participación, el protagonismo y el bienestar de toda la comunidad educativa ampliada.

### Desde los valores y principios a las estrategias y actividades de participación y colaboración

No existen reglas ni directrices para que el liderazgo de equipos directivos, docentes, familias y otros agentes comunitarios logre las alianzas deseables. En todo caso, sin embargo, es posible apuntar algunas orientaciones, avisos para navegantes, propuestas a modo de sugerencias, lecciones aprendidas de múltiples experiencias y esfuerzos realizados. Nos limitaremos a ofrecer unas cuantas orientaciones que podrán ampliarse con las recomendaciones del apartado Para saber más.

➤ Si de lo que se trata es de una reconstrucción importante de las relaciones escuela, familia y comunidad, el valor y el principio del conocimiento y respeto mutuo entre las partes habrá de ser vertebral. De hecho, el buen conoci-



miento de las familias contribuye a informar y enriquecer mejor al alumnado por los centros. Igualmente que el establecimiento de relaciones auténticas, basadas en la confianza, puede ser uno de los mejores caldos de cultivo para el apoyo conjunto a la experiencia y el aprendizaje escolar, que es uno de los propósitos más importantes de las alianzas que nos ocupan.

➤ Importa cultivar, asimismo, un flujo sostenido de comunicación: todo lo bidireccional que se pueda. Sin una buena comunicación es más difícil el conocimiento y respeto recíprocos, y es decisiva igualmente para la confianza, un ingrediente insustituible en la creación y el sostenimiento de las relaciones que valen la pena. Ello requiere que desde los centros (directivos, docentes, orientadores u otros) no solo se emitan mensajes, sino que también se reciban: roles intercambiables, pues, de emisores y receptores. Pueden ejercerse de manera informal y ocasional o a través de los recursos o medios explícitos, concertados, desde entrevistas personaliza-



das o contactos a través de medios digitales a encuentros específicos para tareas y propósitos determinados en diversos momentos del año escolar.

- Otro principio, referido concretamente a directivos y docentes, es el de hacerse visibles, accesibles y asequibles a familias y comunidad. Puede concretarse en el establecimiento (acordado con la flexibilidad razonable) de tiempos, lugares y formas variadas de encuentros, participación y comunicación. Ya que cada familia es única y sus mundos vitales, sociolaborales y culturales, así como de lengua y procedencia geográfica son, hoy, muy diferentes, la toma en consideración de la diversidad es, también en este ámbito, una máxima insoslayable. Construir respeto, conocimiento, confianza y comunicación lleva a cultivar ingredientes necesarios que facilitan la participación y colaboración. Según las tareas, proyectos establecidos, actividades a realizar, una y otra pueden adquirir formas diversas.
- En los temas que nos ocupan, puede ser interesante hacer un alto en el camino. Dedicar algún tiempo y actividad propia a hablarnos acerca de cómo están yendo las cosas, qué va bien, qué podría ir mejor, por qué y para qué. Si se plantea como es debido, eso puede representar el inicio de una nueva etapa. Una ocasión para ir reconstruyendo desde lo que hay y desde donde se está ahora, hacia donde sería deseable ir. Cuidar presencias y voces diferentes, facilitar a quienes suelen estar más distantes,

trabajar cómo y cuándo implicarles dando facilidades pueden ser algunas pistas que facilitarían la visión y el balance del estado corriente de cosas y el punto de partida para otras iniciativas sucesivas.

- Conviene retener la idea (haciéndola práctica en lo posible) de que el liderazgo está —es conveniente que esté— redistribuido entre toda la comunidad educativa. Dicho con otras palabras, en lugar de esa dinámica según la cual es el profesorado o la dirección de centros quienes proponen, convocan, piden implicación y colaboración en cosas que ellos (legítimamente) deciden, caben otros modos de ver, pensar y actuar. Concretamente, empoderar a familias y a otros agentes con voces, aportaciones, propuestas, iniciativas propuestas o tomadas por ellos. En el tipo de alianzas poderosas que se necesitan, todas las partes, por principio, pueden ser y ejercer como protagonistas, no solo como invitados. Menos cooptación, por lo tanto, y más participación efectiva en proyectos a realizar. No solo participar en aplicarlos, sino también en su planificación y evaluación, así como en las decisiones posteriores que pudieran adoptarse. Este principio y estrategia representaría uno de los cambios más profundos en perspectivas: alianzas escolares, familiares y comunitarias con todas las partes innovadoras, no meros invitados.
- Dado el valor tan relevante de la participación y colaboración educativa, cabe advertir que no solo interpela a escuela, familia y comunidad, sino también a otros sujetos y agentes educativos. Merece abrirse el abanico hasta incluir al alumnado (no ya objeto sino sujeto de participación y colaboración), a agentes pertenecientes a servicios sociosanitarios de barrios o zonas, asociaciones, hogares de jubilados, empleados de la administración educativa (inspectores y otros), profesionales de diversos ámbitos, ciertas ONG (algunas de ellas



## ÁGORA DE PROFESORES

trabajan con estudiantes vulnerables y vulnerados, debiendo ser merecidamente incluidas en dichas alianzas). Así como también otros actores y servicios con protagonismos realmente creativos de gran potencial, desde las Ciudades educadoras a, por ejemplo, las modalidades de aprendizaje-servicio que tan acertadamente conectan el currículo y el aprendizaje escolar con las comunidades, sus problemas, realidades y contribuciones a la formación del alumnado.

➔ A la luz de dichos valores, principios y sugerencias, los temas sobre los que versen las alianzas sociofamiliares, comunitarias y escolares en pro de una mejor formación de la niñez y juventud pueden ser múltiples. Es el momento de crear y aprovechar nuevos tiempos, espacios y agentes formativos. Pueden servir, desde luego, para el alumnado, pero también para la comunidad, personas mayores, de mediana edad y jóvenes, lo que puede suponer, en ocasiones, recrear la vida y el papel de nuestros centros y escuelas como lugares de aprendizaje de por vida, no solo para niños y jóvenes. Hay asuntos y problemas como el absentismo, la exclusión, la infancia y juventud en riesgo, el resurgir educativo y cultural de los barrios, un sinfín de otros muchos que pueden descubrirse con ojos y miradas conjuntas y, además, ser respondidos sumando cabezas y voluntades. Por ahí, tal vez,

Resultará interesante, para profundizar en el tema, leer y conversar sobre las reflexiones y experiencias recogidas en el apartado Para saber más de este mismo artículo.

**Rodrigo J. García y Trinidad Andrés. (2019). Genera Filosofía [Blog escuelas en red]. El País.**

En esta experiencia educativa se puede apreciar cómo es posible generar un espacio de participación y colaboración entre el profesorado de un IES, las familias y la comunidad, concretamente un centro de personas mayores. Además de representar una innovación creativa y ejemplar, revela el poder de la colaboración entre docentes que enseñan diferentes materias del currículo escolar, el alumnado correspondiente, un grupo de personas mayores del barrio, constituyendo una auténtica comunidad de aprendizaje abierta y creadora de sentido de pertenencia al barrio.

**Comunidades de aprendizaje: la participación educativa de la familia. CREA**

Bajo los auspicios de las comunidades de aprendizaje CREA viene desarrollándose, hace ya varias décadas, un conjunto de experiencias innovadoras que se definen por pivotar en torno a la participación activa de las familias en la educación. En esta materia particularmente, además de otros elementos del modelo, el proyecto y su desarrollo se ha constituido en una referencia digna de ser tomada en consideración.

**Megan Kran. Family and Community Engagement in Schools**

La fuente citada corresponde a un espacio de empoderamiento de la participación educativa de familias y comunidad, ofrece un planteamiento y desarrollo del tema realmente interesante. En la web [parentpowered.com](https://parentpowered.com) se puede encontrar el impulso de iniciativas y actividades expresamente centrados en fortalecer relaciones y alianzas entre escuelas, familias y comunidad.

podrían irse reconstruyendo el liderazgo escolar, la participación y colaboración de familias y comunidad de cara a seguir mejorando la educación que tenemos. Es algo en beneficio de nuestra niñez y juventud, y también de las escuelas, docentes, barrios y la sociedad en general •



## HEMOS HABLADO DE

**Liderazgo escolar; comunidad educativa; familia y escuela; instituciones escolares; educación democrática.**

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en octubre de 2024, revisado y aceptado en enero de 2025.



## PARA SABER MÁS

CREA. COMUNIDADES DE APRENDIZAJE. (S. F.). *La participación educativa de la familia*. <https://comunidadesdeaprendizaje.net/actuaciones-de-exito/participacion-educativa-de-la-comunidad/> GARCÍA, RODRIGO J. Y ANDRÉS, TRINIDAD. (2019). Genera Filosofía [Blog escuelas en red]. *El País*. [https://elpais.com/elpais/2019/01/09/escuelas\\_en\\_red/1547067650\\_643378.html](https://elpais.com/elpais/2019/01/09/escuelas_en_red/1547067650_643378.html)

KRAN, MEGAN. (S. F.). Family and Community Engagement in Schools. *parentpowered.com*. <https://parentpowered.com/blog/family-engagement/family-and-community-engagement-in-schools/>